

MIGUEL DE CERVANTES

NOVELA  
DEL  
CASAMIENTO ENGAÑOSO  
y  
COLOQUIO DE LOS PERROS

*(ed. Javier Blasco)*

## PREFACIO

El *Casamiento engañoso* y *Coloquio de los perros* forman un conjunto que tiene a Valladolid como escenario de su acción principal y que remite a personajes (alguno de ellos perfectamente documentados en la historia) y sucesos que el autor hubo de conocer de primera mano.

Estas dos obritas constituyen un homenaje del autor de las *Novelas ejemplares* a Valladolid, una ciudad privilegiada por el tratamiento que la obra cervantina le tributa. En Valladolid vio la luz el primer ejemplar del *Quijote* y en Valladolid, posiblemente desde el escepticismo irónico y bien-humorado en el que —fruto de no pocas decepciones— había desembocado su juvenil idealismo épico, vive días de lustro más aparente que real para la ciudad, cabeza del Imperio.

Todavía su *Quijote* no lo ha convertido en un autor de fama. Muy por el contrario, sus pares más bien parece que por aquellos días le tenían en

poco. Conocido es el soneto que le dedica Lope, acordándose de “tu don *Quijote*... baladí”, que “de culo en culo por el mundo va / vendiendo especias y azafrán romí”, hasta acabar –mal profeta resultó Lope en esta materia– en un muladar”. A Cervantes no se le olvidó esta escena, que pasados los años –en 1613– recordará así: “Estando yo en Valladolid, llevaron una carta a mi casa para mí, con un real de porte; recibíola y pagó el porte una sobrina mía, que nunca ella le pagara ... Diéronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal de *Don Quijote*; y de lo que me pesó fue del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte.”

Pero no fue este el único de los sinsabores que conoció durante su estancia en la entonces capital de la Corte. Los malos oficios del responsable de la investigación que sigue a la muerte de Gaspar de Ezpeleta acaban con los huesos de Miguel en la misma cárcel por la que habían pasado varias décadas atrás su padre y, todavía antes, su abuelo. Sin embargo, los días de Cervantes a las orillas del Pisuerga no debieron ser nada malos. Es verdad que todavía no ha alcanzado la nombradía que le

proporcionará el *Quijote*, pero el lleva un mediano pasar. Todo hace suponer que trabajó para Antonio de Herrera y Tordesillas, como ha propuesto con buenos argumentos Patricia Marín Cepeda y como demuestra el buen conocimiento que nuestro autor tiene de técnicas y léxico de historiadores como Bernal Díaz del Castillo o Gomara, y por ello sería, mejor o peor, retribuido. También podemos conjeturar que, en sus años vallisoletanos, administra los papeles de Esteban de Garibay (historiador especializado en estudios genealógicos y autor de un *Origen, discursos e ilustraciones de las dignidades seglares de estos reynos*, 1596) y que esta administración (junto a la experiencia de Cervantes en asuntos jurídicos, adquirida durante su años de comisionado del rey con “una vara de justicia” en las manos) bien podría justificar el hecho de que la casa vallisoletana de Miguel, que era propiedad del Duque de Béjar (a quien se acabará dedicando el primer *Quijote*), sea el lugar de residencia de una especie de “gestoría” si se me permite el anacronismo, con papeles que para personas como el señor de Higares, don Fernando de Toledo, o el propio duque de Béjar, empeñados en demandas varias, podrían ser de utilidad. Y lo

mismo podríamos decir de otros nombres mencionados en los documentos del “caso Ezpeleta” tales como Simón Méndez, mercader, o Agustín Raggio, asentista, y los dos, al igual que los anteriores, metidos en pleitos en la Chancillería de Valladolid.

En cualquiera de los casos, Cervantes, si nos olvidamos del asunto Ezpeleta, parece que llevó en Valladolid una vida bastante cómoda, estaba bien relacionado; en palabras de su propia hermana, “era un hombre que hacía negocios y escribía”. De hecho, Cervantes además de asistir en Valladolid a la salida del *Quijote*, comenzó en esta ciudad, *El licenciado Vidriera*, el *Coloquio de los Perros*, *La gitanilla*; y ambientó en ella, varias otras ficciones. Pero no fue Valladolid el único espacio de Castilla y León que elevó a un imaginario que está reclamando un mejor cultivo por parte de las instituciones. En las montañas de León sitúa la cuna de “alter ego”, *El capitán cautivo*; a Tordesillas (“lugar en Castilla la Vieja, junto a Valladolid) la convierte, en un pasaje no exento de ironía, en cuna de Diego de Ratos, “zapatero de viejo”, que se guía por un lema: *No desees, y serás el más rico hombre del mundo*; a Cortado, en *Rinconete y Cortadillo*,

lo hace nacer en “en el piadoso lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo”; nudo de caminos desde Valladolid a Madrid o a Salamanca, Valdestillas se convierte en escenario de *La ilustrada fregona*; los vinos de Madrigal, Coca y Alaejos, pueden competir, según dictamen de *Vidriera* con “la suavidad del Treviano, el valor del Montefrascón, la fuerza del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candia y Soma”, o “la rusticidad de la Chéntola”; a la ciudad de Arévalo, patria del trinitario fray Juan Gil, protagonista de su liberación del cautiverio, la recuerda en el *Quijote* de 1605 y, en fin, a Medina del Campo, en el *Quijote* de 1615.

Cervantes otorga a estas tierras de Castilla la Vieja, como he dicho, un lugar en el imaginario universal, acercándolas al mito. Parfraseando las palabras del Licenciado Márquez Torres, en la “Aprobación” de la segunda parte del *Quijote*, podemos afirmar que “con sus obras, siendo él pobre, ha hecho rico a todo el mundo”. Merece la pena que recordemos la escena completa tal y como Márquez Torres la refiere: “Certifico con verdad que en veinte y cinco de febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo

de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, mi señor, a pagar la visita que a Su Ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino a tratar cosas tocantes a los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses, de los que vinieron acompañando al embajador, tan cortes como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron a mí y a otros capellanes del cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos; y, tocando acaso en éste que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron a hacer lenguas, encareciendo la estimación en que, así en Francia como en los reinos sus confinantes, se tenían de sus obras ... Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que vieses el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a que uno respondió estas formales palabras: "Pues, ¿a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?" ¿Qué responder? Incluso hoy, ¿cómo contestar a ese caballero francés que se hace eco de la desidia

hispana? Difícil de remediar es ya lo que hace a la vejez y a la pobreza del autor del *Quijote*, pero hay algo –mucho, quizás– que está en nuestras manos para dar valor al regalo que nos hizo con su “rara invención” y a todos los regalos que los herederos de Cervantes, contagiados de su misma enfermedad, siguen alumbrando en la lengua que él domó para la ficción. Mucho hay que hacer todavía, pero todo empieza... por la lectura.

Javier Blasco